

REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN CUBANA *

Paul A. Baran

(Universidad de Stanford)

Las tres semanas que pasé últimamente en Cuba, fueron para mí una experiencia inolvidable. Recorrimos distritos de La Habana en donde las desvencijadas barracas del ejército se están transfomando por los soldados del Ejército Revolucionario en amplias escuelas y dormitorios para miles de estudiantes universitarios. Caminamos por barrios infames de Santiago de Cuba, en donde las pocilgas de aspecto horrendo, sórdido y miserable —fuera del alcance de mi capacidad descriptiva— están siendo derrumbadas para dar lugar a calles con pequeñas casas asoleadas, limpias y llenas de colorido. Visitamos varias regiones de la campiña cubana subtropical (en las provincias de Oriente y de Pinar del Río) en donde brotan por doquier nuevas viviendas, jardines de hortalizas, graneros, granjas avícolas y lecheras, explotaciones de ganado vacuno y porcino, escuelas, hospitales y tiendas, a semejanza de los enormes hongos que surgen después de copiosa lluvia. En ambos lados del camino vimos *bulldozers* y tractores abriendo nuevas tierras al cultivo y observamos uno tras otro, campos que pocas semanas antes estaban invadidos por una vetusta maleza, entretejidos ahora por surcos de arroz, maíz y algodón.

Mientras observaba todo eso, me sentí invadido súbitamente por el mismo regocijo infantil que se experimenta cuando el tibio sol de abril da paso a la primavera y, como respondiendo a un conjuro mágico, libera la tierra, los ríos, las flores y los animales del agobiador panorama de la escarcha, el hielo y la nieve. Así como en los días remotos, era la población pobre, el pueblo que disponía de poco pan, combustibles, cobijo y ropa para enfrentarse al prolongado y gélido invierno, el que se regocijaba más por la llegada de la primavera, ahora, en Cuba, es el pueblo pobre, la población que nunca tuvo empleo durante todo el año, que nunca tuvo suficiente alimento, suficientes cuidados médicos, suficiente calzado y escuelas para sus hijos, el que está celebrando el supremo y milagroso brote de vida, la dramática resurrección de su país. Y no puedo dejar de pensar en otra isla maravillosa y en una ciudad igualmente encantadora que recorrí el año pasado en compañía de mi buen amigo Danilo Dolci. Quizá haya más pobreza, más miseria en las aldeas de Sicilia, y las estrechas callejuelas y vecindades ubicadas a la sombra de la Catedral de Palermo sean quizá aún más espantosas, más lastimeras que cualquier otra cosa que haya visto en La Habana o Santiago. Empero, la diferencia más notable

* Versión al castellano de Juan Broc. Debe hacerse notar que el trabajo de Baran fue escrito en 1960, mucho antes del fracasado golpe contrarrevolucionario. El lector podrá apreciar —subrayado ese hecho— el gran valor de sus "reflexiones".

entre la Sicilia del cardenal Ruffini y la Cuba de Fidel Castro quizá puede apreciarse mejor en los rostros humanos. Allá expresaban escualidez, temor y desesperanza. Aquí, dondequiera que fuimos, en el campo, y con quienquiera que hablamos, en las ranherías y obras en construcción, vimos rostros blancos, rostros negros y rostros canela irradiando entusiasmo y orgullo por lo que se había logrado en escasos dos años a partir del triunfo de la Revolución, y esperanza y fe por lo que debía realizarse en el futuro.

I

Los intelectuales cubanos y los miembros del movimiento revolucionario —hablamos con muchos pertenecientes a varios niveles y actividades— insistieron, frecuentemente, en la originalidad y peculiaridad de la Revolución cubana. Recalaron con visible orgullo que la Revolución cubana no siguió ningún plan preconcebido, ni había sido guiada por ninguna teoría “acuñada”. Su Revolución, decían, había surgido espontáneamente y debía sus métodos, su orientación y triunfo a las condiciones específicas de Cuba, al igual que al genio de Fidel Castro. No existe ninguna razón para dudar de esas declaraciones, y estoy convencido de que opinan precisamente lo mismo de la Revolución cubana muchos de los que la hicieron, cuando no todos. Y sin embargo, al igual que sería erróneo juzgar los actos de un individuo basándose en lo que él piensa de ellos, sería un error considerar la Revolución cubana tan sólo a la luz de lo que piensan o han pensado de ella los propios revolucionarios cubanos. Igualmente, se pecaría de doctrinarismo estéril si se intentara condensar la historia de los últimos años de Cuba en los libros de texto sobre teoría política, o si se interpretase la Revolución cubana principalmente en términos de la experiencia revolucionaria de otras épocas y lugares; sería irracional hacerlo sin advertir ciertas semejanzas, ciertas características comunes desplegadas por todas las revoluciones, incluyendo la cubana.

De hecho, es la presencia de esas semejanzas y características comunes la que hizo posible llegar a una teoría de las revoluciones, por más fragmentaria que sea ésta; la que permitió a todos los grandes líderes revolucionarios inspirarse en el estudio minucioso de la pasada experiencia revolucionaria. Las siguientes ideas no pretenden ser un análisis sistemático de la Revolución cubana. Se trata más bien de una tentativa apurada de agrupar lo que me parecen consideraciones relevantes que deben mantenerse al procurar comprender los fenómenos del momento que ocurren en Cuba actualmente.

II

Es preciso darse cuenta, con claridad, que la Revolución cubana no es tan sólo una revolución *política*. Las revoluciones políticas que han ocurrido

repetidas veces en casi todos los países del mundo han derrocado por lo general a un gobierno para encumbrar a otro, cambiando las personas y, a veces, hasta la careta ideológica o social del grupo político en el poder. Esos cambios pueden haber sido puramente nominales (como en el caso de muchas revueltas políticas que han tenido lugar en los países latinoamericanos), haber tenido consecuencias no sólo para las naciones en que acontecen sino para todo el mundo (como por ejemplo el *coûp d'état* de De Gaulle en 1958), o representado un poderoso impacto sobre el país en cuestión y sobre todo el mundo en general (como por ejemplo el ascenso de Hitler al poder en 1933). Y no obstante, todos esos cambios en las instituciones políticas, por más radicales y dramáticos que parezcan, no afectaron en grado apreciable la estructura económica y social de las naciones correspondientes. Las relaciones fundamentales de producción, de posesión de la tierra, de los servicios industriales y de otros medios de producción continuaron en última instancia sin cambio alguno. La prueba de fuego de la naturaleza meramente política, más que social, de dichos levantamientos, es su *reversibilidad*. Después de más de 20 años de dominio de Mussolini, Italia volvió, sin mayores dificultades, a las instituciones de la democracia burguesa. Después de Hitler (y de la contienda más destructora de la historia), Alemania occidental se parece mucho a la República de Weimar que precedió a la era nazi; y la abrogación de la Constitución de De Gaulle y el restablecimiento de la Cuarta República en Francia no sólo puede concebirse sino que es perfectamente posible.

Todo eso es distinto por completo en el caso de una revolución social, cuya característica sobresaliente consiste en alterar drásticamente la estructura socioeconómica del país. Las relaciones económicas básicas, la posesión de los principales medios de producción, el *status* económico y político de todas las clases sociales, pasa todo por una transformación arrolladora. Las transformaciones de esta índole han sido acompañadas, en el curso de la historia, por un grado considerado de violencia. Además, las tentativas para invertir esa reorganización total de la sociedad ha conducido por lo general a la guerra civil. Las grandes propiedades expropiadas por campesinos hambrientos de tierra no se devuelven fácilmente. Las fábricas nacionalizadas o incautadas por obreros revolucionarios no se restituyen con facilidad a sus antiguos dueños. Y las clases sociales que se han abierto paso hacia el poder no pueden ser derrocadas sin la presencia de una amarga contienda. Por tanto, las revoluciones sociales tienden a crear *faits accomplis* y, después de periodos relativamente breves, los hechos consumados no pueden destruirse.

III

Aun cuando principió como un movimiento político dirigido en contra de la dictadura de Batista, la Revolución cubana se convirtió pronto y

rápida en una revolución *social*. Este hecho plantea todo un conjunto de preguntas importantes: ¿Quién hizo la Revolución? ¿Cuál ha sido su trayectoria hasta la fecha? ¿Qué intereses favoreció? ¿Quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos? ¿Qué orden social está surgiendo de ella? Todas esas preguntas han sido muy mal interpretadas por diversas esferas y en gran parte la mala interpretación está creada deliberadamente por una red tendenciosa de comunicación.

Numerosos estudios extranjeros de la Revolución cubana han puesto de relieve la función preponderante que desempeñaron los jóvenes intelectuales, y algunos han llegado a considerarla como la manifestación notable de carácter mundial de la "revuelta en el campo", —similar a las que han tenido lugar en Turquía, Corea del Sur, el Japón y otras partes. La opinión tiene hondas raíces teóricas y se relaciona con dos propuestas que forman el meollo tanto de la teoría política como de la interpretación general del proceso histórico. Una es el rechazo implícito del principal dogma del materialismo histórico, de acuerdo con el cual las *clases* sociales son los agentes primarios del escenario histórico, cuya composición y amplio panorama político e ideológico han de estar determinados principalmente por su posición dentro de la estructura económica. La otra, íntimamente ligada a la primera, es la aseveración en el sentido de que los *intelectuales* constituyen un estrato social separado, una *élite* que, por encima de las clases, desempeña una función independiente y, de hecho, un papel decisivo en la historia. Esta tesis, cuyo máximo exponente fue el finado sociólogo alemán Karl Mannheim merece gran estima, lo que no deja de ser natural, entre los intelectuales de ambos lados del Atlántico, y ha sido ampliamente difundida en este país por C. Wright Mills (en muchas conferencias así como en un reciente artículo publicado en la revista *New Left Review*, sept.-oct. de 1960).

Esta hipótesis de los intelectuales tiene su explicación en numerosas razones. Dejando a un lado la más evidente, la que por serlo no deja de ser oportuna —la glorificación de los intelectuales es más grata para ellos mismos—, debe llamarse la atención sobre cuatro consideraciones. En primer término, la atribución de decisiva importancia al papel que desempeñan los intelectuales es una derivación sociológica de una postura filosófica idealista. Si los intelectuales son la sal de la tierra, los responsables de la naturaleza y orientación del desarrollo social, es evidente que son entonces las *ideas* las que trazan la historia. Existe otra implicación en el sentido de que esas ideas no son meras reflexiones acerca de los procesos del mundo material (tensiones entre fuerzas y relaciones de producción, luchas entre clases sociales, etc.) sino más bien frutos que brotan de los cerebros caviladores de la "*élite* intelectual libremente flotante" (Mannheim). En segundo lugar, el liderato de casi todos los principales movimientos sociales de la historia (con excepción de las rebeliones cam-

pesinas más primitivas) consistió o incluyó a los intelectuales y a otros individuos convertidos en intelectuales en el curso de sus carreras políticas. ¡Qué cosa más sencilla que concluir, entonces, que como siempre hubo intelectuales prominentemente asociados a los movimientos revolucionarios, los intelectuales fueron su causa y su motor! En tercer término, el mayor convencimiento entre los intelectuales de la irracionalidad, inhumanidad y degeneración del capitalismo, ha sido acompañado, en muchos países occidentales, de una creciente desilusión sobre el movimiento obrero y de un agudo desconcierto por su falta de dinamismo político y por su repetida capitulación frente al orden capitalista. En esas circunstancias, la fe en el despertar de los intelectuales sigue siendo el único punto luminoso en el horizonte de todos aquellos que procuran salir de la calma del *statu quo*. Y, finalmente, en muchos países en donde se considera a los intelectuales como la levadura de la historia, en donde se confía en ellos para que las cosas salgan de su letargo, la actitud sirve para que muchos intelectuales permanezcan en sus torres de marfil académicas o literarias, resistiéndose a participar activamente en la lucha política y social que se libra en su sociedad.

No obstante, si todos esos factores ayudan a explicar por qué los intelectuales se asignan a sí mismos una función tan exagerada en el proceso histórico, es preciso no incurrir en el error de negar su influencia o, de hecho, en ciertas ocasiones, su impacto decisivo sobre el ritmo, orientación y resultados de los movimientos sociales. Lo que en verdad se plantea no es tanto el hecho de si los intelectuales han tomado parte en los movimientos sociales o si han aportado, a menudo, importantes contribuciones a éstos. Sobre el particular no cabe la menor duda. El problema consiste más bien en averiguar en qué circunstancias históricas los intelectuales forman parte de esos movimientos; bajo qué condiciones son capaces de afectar el curso de los acontecimientos en una forma determinada, y qué fuerzas determinan el papel específico que desempeñan. Además, el problema no se resuelve sino que se evade en los profundos y resonantes discursos pronunciados acerca de la independencia de los intelectuales, acerca de su inquebrantable fervor por la verdad, y acerca de su abnegada dedicación al progreso y bienestar de la comunidad. Ninguna de esas teorías explica por lo menos el hecho de que, en ciertos países y en ciertas épocas, algunos intelectuales se convierten en líderes eficientes de los movimientos populares, mientras que en otras naciones y épocas, se encuentran totalmente frustrados o bien se convierten en partidarios activos o pasivos del *statu quo*.

Este punto fue aclarado en una breve conversación sostenida entre Fidel Castro y el hábil periodista francés, Claude Bourdet. Al contestar una observación de este último, en el sentido de que la Revolución cubana era un segmento del movimiento que abarca al mundo entero, de la

“revolución de la juventud”, Castro señaló el meollo del asunto. “Evidentemente de la juventud —dijo—, pero por encima de todo, de los trabajadores, los campesinos, de las víctimas del colonialismo, de todos los explotados...” (*France-Observateur*, sept. 29 de 1960, p. 7). Y sin embargo, esta penetrante observación, formulada por alguien cuyo conocimiento al respecto no tiene rival, requiere, creo yo, una aclaración. No solamente refleja la modestia característica de Castro; se refiere también en menor medida al periodo inicial que final de la Revolución, y no al asunto de quién *la hizo*; se refiere al problema de los intereses básicos que ha servido en el transcurso de su breve historia. Por eso las transformaciones que se han efectuado en la base de la Revolución de las masas constituyen indudablemente uno de los aspectos más significativos, y a pesar de que no sorprenden al estudioso de la historia, merecen un estudio más cuidadoso ya que permiten la comprobación práctica de una teoría general.

IV

La clase que hizo la Revolución es la población rural, los campesinos cubanos. Esta clase se vio obligada a rebelarse por la intolerable y creciente situación de pobreza, explotación y atraso a la que fue condenada por el antiguo régimen. Su éxito en la lucha revolucionaria y la orientación que dio a la Revolución, fueron determinados en gran parte por su estructura económica, social e idológica.

Sólo una proporción relativamente pequeña (alrededor de una cuarta parte) de los que trabajan la tierra, estaba formada por agricultores particulares de todos los tipos. De estos agricultores privados, sólo una pequeña parte poseía títulos de las parcelas que cultivaban; el resto estaba formado por aparceros y arrendatarios, subarrendatarios o colonos carentes de derechos. La abrumadora mayoría de los campesinos estaba compuesta, por otra parte, por los trabajadores que desempeñaban sus tareas en las plantaciones de caña de azúcar, tabaco y café y que obtenían un salario de subsistencia durante los escasos meses activos de la temporada de cosechas y que se veían reducidos a la desocupación y privación extrema durante los meses restantes del *tiempo muerto*. Por consiguiente, la población agrícola de Cuba se diferencia notablemente del campesinado que podría llamarse “clásico” de Europa oriental de antes de la revolución de ciertos países mediterráneos, del Japón, China y de algunas otras regiones de América Latina. Para su subsistencia no dependía de parcelas individuales de tierra sino de su ocupación en las plantaciones. No se trataba de un estrato de propietarios y arrendatarios sino de trabajadores agrícolas. Y, por consiguiente, no tenían relaciones de propietarios o de supuestos propietarios con su tierra, sino que el estrato estaba formado principalmente por proletarios carentes en absoluto de medios de produc-

ción (y subsistencia) que no tenían nada que vender sino su fuerza de trabajo. A este hecho se debe también la escasa diferenciación social y la cohesión relativamente marcada que existe entre los campesinos: el agricultor acaudalado, el “Kulak” y el “campesino medio” que aspiran a ser más ricos —los personajes política y económicamente dominantes en las aldeas de muchos otros países— eran relativamente poco importantes en la campaña cubana. Todo esto proviene de un hecho fundamental: por razones históricas que no necesitan examinarse aquí, desde su comienzo, la mayor parte de la agricultura cubana no había evolucionado hacia un sistema feudal, sino que se había transformado en un apéndice del capital monopólico. La forma prevaleciente de unidad de propiedad —el latifundio— no era, típicamente, un feudo operado por siervos, sino una plantación manejada por una sociedad o corporación con la ayuda de mano de obra asalariada. Este hecho afectó en forma decisiva tanto las condiciones económicas como las actitudes básicas de la población agrícola de Cuba. Al vivir de su trabajo y no de lo que hubiesen podido considerar como su tierra, aun en forma precaria; al depender de enormes “plantas agrícolas” y no de pequeñas granjas de subsistencia, explotados por empresas capitalistas y no a través de las relaciones feudales tradicionales, los campesinos cubanos no desearon ni lucharon vehementemente por poseer el suelo que cultivaban, sino para lograr metas consideradas esencialmente como propias de la clase obrera: ocupación regular, condiciones de trabajo más humanas y salarios adecuados.

Al no estar habitada por un estrato burgués de pequeños propietarios agrícolas, la campaña cubana no se convirtió nunca en un “suelo propicio de la ideología burguesa”. Aun cuando no escasean las supersticiones y creencias místicas —particularmente en las regiones montañosas más desoladas y abandonadas de la Isla— éstas no asumieron la forma de religiones organizadas y tienen poca o ninguna influencia en la consciencia nacional, social, económica y política de las masas rurales. Tampoco la Iglesia católica llegó a convertirse en un factor poderoso de la vida cubana. Como la clase dominante era tradicionalmente demasiado codiciosa y desdenaba por completo al campesino para molestarse en inculcarle el credo católico, la propia Iglesia no hizo nada para identificarse con las necesidades y aspiraciones vitales del pueblo cubano. Antes de que Cuba obtuviera su independencia, la Iglesia se mantuvo al lado de los terratenientes españoles; más tarde, apoyó a un dictador tras otro; su tardía y poco notoria antipatía por el más brutal y abusivo de ellos —Batista— no pudo cambiar la opinión popular de que, como organismo religioso, la Iglesia católica no se debía al pobre sino al rico, no a la clase trabajadora sino a la clase dominante. Como lo señaló James N. Wallace, en un artículo titulado “Castro vs. el catolicismo” (*Wall Street Journal*, oct. 26 de 1960), el catolicismo, poderoso pilar del *statu quo* en gran parte de América

Latina y en muchas naciones europeas, no podía desempeñar, ni siquiera aproximadamente, esa función en Cuba. Y de acuerdo con lo que me fue relatado por numerosos testigos oculares, cuando se leyeron últimamente en las iglesias católicas las cartas pastorales que condenaban a la Revolución, las congregaciones se levantaron y abandonaron los templos entonando el Himno Nacional.

V

Sin embargo, es evidente que lo dicho hasta ahora con respecto a las condiciones económicas, sociales e ideológicas de la población rural de Cuba no basta para explicar el éxito de la Revolución. Existen otros países subdesarrollados en donde las grandes masas están aún en peores condiciones que en Cuba, y en otras zonas atrasadas las posibilidades de liberación son todavía más propicias de lo que lo eran en Cuba. ¿Cuáles fueron, entonces, las circunstancias específicas que facilitaron la salvación del campesino cubano, y cómo influyeron en la trayectoria de la Revolución cubana?

Tres juegos de consideraciones, creo yo, ofrecen por lo menos una respuesta parcial a las preguntas. En primer lugar, así como las condiciones económicas de los campesinos contribuyó a la ausencia, señalada antes, de una marcada diferenciación social, y al alto grado de cohesión en la campaña cubana, la situación económica de Cuba, en general, creó un poderoso sentimiento de solidaridad nacional entre los ciudadanos cubanos. Esto se debe a que, en los escasos cincuenta años de su independencia política formal, Cuba nunca logró sacudirse la dependencia de Estados Unidos. La posición esencialmente colonial de Cuba se manifestaba por sí sola en todas partes. Su símbolo más conspicuo es la base naval norteamericana de Guantánamo, y se refleja en la gran proporción de recursos productivos de Cuba que son propiedad o están controlados por capital norteamericano. La principal industria, el azúcar, era manejada en gran parte por corporaciones estadounidenses y dependía casi exclusivamente de los mercados norteamericanos. Los servicios telefónico y telegráfico, la energía eléctrica, la gasolina, los aparatos de radio y televisión, los bienes de consumo duradero y una gran porción de los alimentos consumidos en el país provenían de empresas comerciales norteamericanas. Gangsters, jugadores y traficantes de todas clases, procedentes de Nueva York, Chicago y Miami, invadieron La Habana para convertirla en un lugar de recreo exclusivo del hampa estadounidense. Los consecutivos dictadores, íntimamente vinculados a los intereses comerciales de Estados Unidos, participando directamente o a tras mano en innumerables convenios deshonestos, promovidos por especuladores yanquis, actuaron como *Gauleiters* norteamericanos en Cuba y estaban a la disposición del Embajador de los Estados Unidos. Como lo observó con nostalgia el señor Kennedy en su último de-

bate televisado con el señor Nixon, el Embajador que representaba a los Estados Unidos en Cuba, en 1957, le expresó durante una visita, que él, el Embajador, era el “segundo hombre más poderoso de Cuba”. El diplomático en cuestión subestimó su posición.

No es de extrañar que, bajo esas circunstancias, el sentimiento anti-yanqui se propagase entre las grandes masas del pueblo cubano, que observaba con atención cómo las corporaciones norteamericanas obtenían inmensas utilidades de sus inversiones en Cuba, cómo los dirigentes de las empresas estadounidenses y sus dependientes vivían en condiciones indescriptibles de lujo, en palacios con clima acondicionado, y no podían dejar de atribuir al colonialismo del país toda la pobreza prevaleciente y el derroche total de recursos humanos y materiales. Además, fue inevitable que el odio contra el dominio yanqui no sólo estuviera confinado a las clases bajas de la población, sino que también se arraigara hondamente en las filas de la burguesía media y alta que —si no estaba al servicio directo o indirecto del capital norteamericano— tenía que someterse al impacto de la competencia económica de los Estados Unidos, y padecer la humillación crónica que los señalaba como ciudadanos de segunda categoría en su propio país. Para mayor precisión, cabe señalar que el espíritu de indignación *nacional* distaba de ser un espíritu de revuelta. Como suele ocurrir con el nacionalismo burgués, era ambivalente. Por una parte, estaba mitigado por el temor del coloso norteamericano y por un poderoso sentimiento de desesperación en las relaciones con los Estados Unidos. Por otra parte, se veía paralizado por la aprensión de que las masas, una vez levantadas por la acción nacionalista y antiimperialista, pudiera “rebasar el límite” y convertir a la Revolución en un movimiento *social* orientado no sólo en contra de los extranjeros sino también en contra de los explotadores nacionales. El alud de propaganda anticomunista norteamericana durante los años de la guerra fría, contribuyó enormemente a fortalecer esa aprensión en los círculos de la burguesía nacional. El resultado fue una amalgama de odio, temor y frustración que condujo, a su vez, a una actitud favorable tanto para el fortalecimiento esporádico de la oposición como para la celebración de dóciles convenios en todos los asuntos esenciales. El hecho de que nada podía hacerse en Cuba sin la anuencia de Washington, y mucho menos en contra suya, se convirtió en el tema definitivo de los portavoces “maduros” de la burguesía, al igual que la insistencia de que “algo *debía* hacerse” era característica del llamado sector liberal.

La situación cambió algo durante los últimos años de la dictadura de Batista y ello nos conduce al segundo factor del éxito del movimiento revolucionario cubano. La criminalidad, la corrupción y la crueldad de aquel régimen, excepcionales aun dentro de las normas latinoamericanas, consolidó fuertemente las tendencias opositoras aun entre los elemen-

tos más conservadores de la burguesía cubana. El hecho de que Washington no hiciera nada al respecto, y menos para quitar a Batista; de que un personaje norteamericano tan encumbrado como el Vicepresidente Nixon, en una visita a La Habana, comentara la "estabilidad y eficacia" de su administración, agregó leña a la hoguera del sentimiento antiyanqui. Así, el nacionalismo, unido a la marcada repulsión casi universal de la tiranía, cada vez más terrorista y depredatoria de Batista, suscitó un ambiente político general de tolerancia y hasta de simpatía de todos los intentos que se hacían para liberar al país del yugo intolerable.

Este consenso respecto a la urgencia de un cambio político condujo a la *neutralización* de amplios sectores de la clase media cubana, durante los albores de la lucha revolucionaria. Además, creo que es difícil poner en duda que la neutralización desempeñó un papel decisivo para el éxito de la Revolución. Proveyó al movimiento revolucionario de elementos de inestimable valor y de distinta índole: dinero, contactos, información, lugares de refugio contra la persecución de Batista. Facilitó enormemente el reclutamiento de estudiantes y profesionistas para la causa revolucionaria; y lo que es probablemente más importante, creó en el país un ambiente en el cual la moral del ejército de Batista fue debilitándose hasta derrumbarse. Fue este desbarajuste de la moral del ejército de la dictadura lo que permitió las victorias de cientos de campesinos frente a miles de soldados bien pertrechados, así como la captura (y distribución entre los campesinos) de sus armas y abastecimientos.

Es contra este fondo de bancarrota económica, política y moral del *ancien régime* como debe apreciarse el surgimiento del tercer factor que determinó el éxito y la subsecuente trayectoria de la Revolución cubana. Ese factor fue el liderato aportado por Fidel Castro. Además, aun cuando sería imposible conocer el camino que hubiera recorrido un hombre tan extraordinario, tan complejo y bien dotado como Castro, bajo otras circunstancias históricas, es evidente que fueron las condiciones particulares de su país, así como la completa desorientación reinante en su propia clase, lo que impulsó a este descendiente de una familia terrateniente y acaudalada hacia la lucha revolucionaria. Las condiciones de la sociedad cubana bajo el reinado de Batista sólo explican, sin embargo, los primeros pasos de Castro dentro del movimiento revolucionario y a ellos deben atribuirse su filosofía general durante aquella fase inicial. Esto es así porque desde un principio el horizonte del movimiento de Castro coincidía, en general, con la divisa de la amplia facción liberal de la burguesía cubana; con la opinión de que no podía posponerse ya la rotación *política*; con la idea de que eran indispensables *ciertas* reformas económicas, si el pueblo de Cuba había de surgir de su miseria. No obstante, si el heroísmo y dedicación de Castro desempeñaron una función primordial al iniciarse el Movimiento del 26 de Julio, fue su genio, su integridad y su milagrosa

intuición, lo que permitió que el Movimiento rebasara los objetivos *políticos* de un *coup d'état* burgués y llevara a la Revolución hasta su meta definitiva —la transformación *social* del país—. De hecho, la grandeza de Castro ha consistido en su plena identificación con la Revolución, su capacidad de crecer con ella, su habilidad para asimilar su lógica interna, su facultad para prever el paso siguiente, y su maestría para interpretarla y exponerla a las masas del pueblo cubano. Además, mientras desempeñaba así la verdadera tarea del líder político, fue la grandeza de la Revolución, la cohesión, la dedicación y el valor de los campesinos cubanos, lo que convirtió la antorcha de Castro en un fuego abrasador que consumió a Batista, al imperialismo y al capitalismo de Cuba.

VI

Hasta ahora no hemos mencionado a los trabajadores urbanos. En verdad, el papel desempeñado por éstos en las luchas y victorias revolucionarias fue de pequeña importancia. Parece que el sector ocupado de la clase trabajadora industrial permaneció en actitud pasiva durante todo el periodo revolucionario. Formado por la capa “aristocrática” del proletariado cubano, esos trabajadores compartían las utilidades de los monopolios —extranjeros y nacionales—; estaban bien remunerados en relación con los niveles latinoamericanos, y gozaban de un nivel de vida muy superior en comparación con el de las grandes masas del pueblo cubano. El movimiento sindical, relativamente poderoso, estaba dominado por “uniones” al estilo norteamericano y era dominado en su totalidad por el racketismo y el gangsterismo. El Partido Comunista, aunque influyente entre las masas, era numéricamente débil, estaba proscrito y sujeto a la persecución, terror y asesinato, de parte de la policía de Batista y de los esbirros colocados por el dictador en los organismos sindicales. En consecuencia, la política del Partido Comunista era cautelosa en extremo. Con la ansiedad de no exponerse a la aniquilación física de sus débiles cuadros, el Partido rehuía la acción abierta y se limitaba, en su mayor parte, a la educación política y dirección de las actividades sindicales. Anclado principalmente en la clase trabajadora urbana, y con poco arraigo en el campo, casi no participó en el movimiento campesino de Castro; sólo un puñado de miembros del Partido Comunista se unió a los rebeldes en la Sierra Maestra.

La actitud expectativa de la clase obrera para con el Movimiento del 26 de Julio continuó durante los primeros meses que siguieron al triunfo de la Revolución. No fue sino hasta que el Gobierno Revolucionario se embarcó en la nacionalización de empresas industriales cuando los obreros empezaron a prestar un apoyo realmente activo a la Revolución; cuando comenzaron a comprender su carácter socialista. Desde entonces, a me-

dida que la Revolución iba acercándose a sus objetivos políticos originales, y hacia la sociedad socialista cubana, el movimiento obrero se identificó cada vez más al lado de Fidel Castro. En verdad, conviene advertir que los sindicatos reproducían, en una escala menor, las tensiones y diferencias enraizadas en toda la nación. Algunos líderes obreros de derecha que se incorporaron en un principio a la Revolución habían desertado, al igual que otros políticos de la clase media que consideraron que la Revolución “iba demasiado lejos”. Por otra parte, los políticos de “extrema izquierda” se quejaban de que los beneficios otorgados a la clase trabajadora eran insuficientes, y empapados en la vieja tradición sindicalista amenazaron y emplazaron a huelga a las empresas propiedad del gobierno.

La situación era en cierto modo distinta a lo que podría llamarse el sector *declassé* de la clase obrera: los desocupados en las ciudades y el gran número de personas ocupadas en mayor o menor grado en los servicios, en la industria del turismo y en el sector de distribución. En esos grupos hubo, aparentemente, gran simpatía hacia el Movimiento del 26 de Julio, que era, sin embargo, más afín a los sentimientos de la clase media que al entusiasmo que tenían los campesinos por la Revolución. No obstante, al no encontrar una expresión organizada, ese sector contribuyó a la difusión del ambiente general favorable para el movimiento revolucionario, facilitando así las actividades de su red clandestina, y ampliando el apoyo popular de Castro en los días que siguieron al triunfo de la Revolución.

VII

Así, aquella gran Revolución de Cuba siguió el módulo de una “revolución permanente”; pasó rápidamente de la fase de lucha revolucionaria a la siguiente; condensó más de un siglo de desarrollo histórico en un breve lapso de semanas, y resolvió problemas que en otras épocas y lugares habían requerido de décadas enteras. Al iniciarse como una revolución política, nacional y antiimperialista, tuvo que hacer frente de inmediato a la animosidad desesperada y amarga resistencia del imperialismo norteamericano y, en el término de unos cuantos meses, se vio obligada a entrar en la siguiente fase, transformándose en una revolución social. Además, la revolución social, por su propia naturaleza, no pudo dejar de asumir, de inmediato también, su carácter proletario y socialista. Impulsada por los trabajadores rurales y encabezada por un grupo político cuyas aspiraciones y programa se originaban en las condiciones económicas y sociales de los campesinos, la Revolución, en vez de distribuir la tierra en parcelas, creando así la *multiplicación* de la propiedad privada de los medios de producción —característica y rasgo esencial de la revolución burguesa— organizó desde un principio cooperativas de productores agrícolas y *redujo* así, drásticamente, el ámbito de la propiedad privada en el campo. Para

cumplir con el mandato universalmente aprobado de destruir la tiranía de Batista, confiscó los bienes de los miembros más destacados de la pandilla de Batista, y quebró así la columna vertebral del reducido pero poderoso sector comprador de la burguesía cubana.

Y no obstante, aun con la ayuda de la percepción tardía de lo que debió hacerse, no puede suponerse con certeza que la Revolución habría seguido la trayectoria hacia la abolición de la propiedad privada de todos los medios importantes de producción de no haber sido por el poderoso elemento catalizador ofrecido por la hostilidad e intransigencia de los Estados Unidos. A pesar de que el odio al imperialismo era compartido por casi toda la nación, no fue sino hasta que las empresas petroleras norteamericanas se negaron a refinar petróleo soviético cuando las propiedades de esas compañías fueron "intervenidas" y después nacionalizadas. Y sólo después de la abrogación unilateral de la cuota azucarera de Cuba, por el Gobierno norteamericano, se expropiaron todas las empresas norteamericanas; y no fue sino después del bloqueo general de las exportaciones de Estados Unidos hacia Cuba cuando se decidió convertir en propiedad social todas las empresas norteamericanas restantes. Brevemente fue la reacción firme y determinada frente al reto norteamericano, la prosecución valiente y sin cuartel de la lucha antiimperialista lo que empujó, a modo de incubadora, la incipiente Revolución cubana y lo que la obligó a orientarse hacia la planeación económica y el socialismo.

Todo ello no fue la "realización de una idea", ni la ejecución de un plan preconcebido. Precisamente todo lo contrario: la Revolución siguió su marcha paso a paso, reaccionando frente a los retos y necesidades de las condiciones históricas, enseñando su liderato y, a las masas, los imperativos categóricos de su propio desenvolvimiento, superando todos los obstáculos que impedían su progreso y destruyendo en el proceso a sus enemigos y a sus falsos amigos, los contrarrevolucionarios, así como a los traidores y a los débiles. Sin embargo, con su experiencia, confirmó varios de los supuestos más importantes de la teoría del desarrollo económico y social. Demostró, una vez más, que en la época actual todos los verdaderos esfuerzos en pro de la liberación y adelanto económico y social de los países coloniales dependientes se convierten, necesariamente, en revoluciones políticas, y que éstas se transforman, también forzosamente en revoluciones sociales de contenido socialista. Además, corroboró la proposición fundamental de que, en nuestros tiempos, todas las revoluciones sociales han dejado de ser ya revoluciones *intranacionales*, cuyo destino está decidido por la lucha de clases *dentro* de las naciones, para convertirse de inmediato en revoluciones *internacionales* cuyo surgimiento está determinado por la lucha de clases dentro del escenario mundial, por el poderío relativo de los campos socialista e imperialista del mundo.

VIII

El ambiente internacional de la Revolución cubana ha tenido una honda influencia sobre su trayectoria. La tajante y abierta hostilidad de los gobernantes norteamericanos hacia la transformación social de Cuba ha acentuado el carácter antiimperialista de la Revolución y le ha dado mayor amplitud y *momentum*. Al mismo tiempo, afectó notablemente la lucha de clases dentro de Cuba. La dialéctica del proceso supuesto es interesante y amerita cuidadosa atención. Al haber administrado una sonada derrota al sector comprador cubano de Batista en el invierno de 1958-1959, el Movimiento del 26 de Julio tomó en sus manos el gobierno de una nación casi unificada. Con el apoyo de los campesinos y los obreros industriales, y con la mayor parte de la burguesía aliada o neutralizada, el Gobierno Revolucionario de Cuba no se enfrentó prácticamente a ninguna oposición. Pero que el entendimiento no habría de prolongarse por mucho tiempo era un hecho fácil de prever desde el principio. Cada paso que superaba la fase política, democrática y burguesa de la Revolución ocasionaba necesariamente la pérdida de cierta simpatía y apoyo del sector burgués. Cada vez que nuevos contingentes de políticos llamados moderados, de intelectuales y de burgueses volvían la espalda a Fidel Castro, algunos de sus antiguos partidarios y compañeros de armas desertaban, optaban por la vida privada o se unían a los contrarrevolucionarios de Miami o Guatemala. Esas pérdidas de partidarios marginales, o de individuos titubeantes son inevitables en cualquier revolución que se encuentra en plena marcha. Es necesario que caigan muchas hojas antes de llegar al corazón de la alcachofa. Sin embargo, lo que aceleró y acentuó enormemente el proceso de diferenciación y polarización de todo un pueblo dispuesto en forma unánime a tomar las armas fue la incesante presencia de la influencia norteamericana. Porque sin la perspectiva (o esperanza) de una intervención norteamericana, los contrarrevolucionarios cubanos no tendrían ni la más remota probabilidad de éxito. Totalmente aislados del pueblo, al margen de sus aspiraciones, sus luchas y realizaciones, "esos individuos" tendrían que arrojar la toalla, reconciliarse consigo mismos para vivir en una nueva sociedad, o emigrar a lugares más acogedores. Sólo la omnipresente posibilidad de un desembarco de marinos norteamericanos en Guantánamo o de un contingente de cubanos entrenados por norteamericanos, equipados por norteamericanos, y transportados por norteamericanos, para invadir la Isla desde las bases que mantienen los norteamericanos en Guatemala y Florida, ha alentado el espíritu de los contrarrevolucionarios, les ha proporcionado una razón para esperar una oportunidad de volver y tener en Cuba otro Irán, España o Guatemala.

Es indudable que esta "recarga" constante de combustible para la moral de los contrarrevolucionarios ha hecho mucho daño a la Revolución

cubana. Sin ella, no habría guerrillas en Escambray; no habría necesidad de represalias políticas; sin ella, la milicia, formada por 200 mil obreros y campesinos, no necesitaría perder una buena parte de su tiempo haciendo rondas en los pueblos y playas del país; sin ella, los atareados y cansados líderes de la Revolución podrían dedicar todo su esfuerzo a la tarea abrasadora de organizar la economía nacional, en vez de vivir en un estado de sitio permanente y de contrarrestar a todas horas las amenazas reales o imaginarias contra la seguridad nacional. En verdad, hasta el siempre presente peligro de una contrarrevolución promovida por los norteamericanos ha tenido ciertas ventajas para la Revolución cubana. Aun cuando ha dado lugar a algunas deserciones y traiciones, no ha dejado de cimentar al mismo tiempo, y con mayor firmeza de la que se hubiera logrado en otra forma, la cohesión, la devoción y determinación de todas las fuerzas populares y antiimperialistas del país. El hecho de que el lema inscrito en el lábaro de la Revolución cubana no contenga solamente las palabras "Cuba sí, yanquis no", sino también "Patria o Muerte", es la contribución de la clase gobernante norteamericana a la causa libertadora de Cuba.

El ambiente internacional de la Revolución cubana tiene también otra faceta. Por lo general, en Cuba se resiente —y sobre esto no cabe la menor duda— que en ausencia del poderoso bloque de países socialistas, la Revolución cubana hubiese sido aplastada desde hace tiempo por las fuerzas del imperialismo. De hecho, la ayuda prestada a Cuba por la Unión Soviética, China y los países socialistas de Europa oriental es incommensurable. Tanto política como moralmente, desempeñó un papel de gran significación al impartir a los cubanos un fuerte sentimiento de apoyo, al tranquilizarlos en su lucha desesperada y desigual contra el gigante norteamericano. Desde el punto de vista económico les impidió caer en lo que hubiera sido, indudablemente, una crisis fatal. Al proporcionarles petróleo, la Unión Soviética evitó que carecieran repentinamente de combustible. Al abrir nuevos mercados para el azúcar cubana, los países socialistas salvaron la única y más importante industria de Cuba. Al concederle créditos y enviar equipos industriales y agrícolas, así como expertos y técnicos, permitieron al país mantener e iniciar el desarrollo de su economía agrícola e industrial.

Además, todo ello confirma la importante proposición crítica en el sentido de que todo país de nuevo ingreso en el bloque socialista dispone de mayores facilidades que el que le precede; que la fuerza del socialismo en el mundo es acumulativa; que los "dividendos" habrán de ser más frecuentes y cuantiosos a medida que aumenta el número y poderío de los países socialistas. Así como el costo de la industria y tecnología modernas se pagó durante la Revolución Industrial con las vidas, salud y felicidad de generaciones de obreros y campesinos ingleses e irlandeses, el movi-

miento arrollador del socialismo en nuestro tiempo es el fruto del heroísmo, tenacidad y obra laboriosa de los obreros y campesinos rusos en la fase de los Planes Quinquenales.

IX

La Revolución cubana nació con una cuchara de plata en la boca. La solidaridad y dedicación de su pueblo, el aislamiento, la bancarrota política y la vileza moral de sus adversarios, salvaron al país del caos administrativo y del colapso económico que hubieran podido resultar de una guerra civil larga y destructora. La Isla no dista mucho de ser un jardín paradisiaco, donde la fertilidad del suelo es tal que permite cosechar casi cualquier producto sin necesidad de cultivar la tierra. El renombrado agrónomo francés, René Dumont, estimó que si se cultivara con la intensidad de China Meridional, Cuba podría dar sustento a 50 millones de personas. Bajo el reinado de las corporaciones norteamericanas, ofrecía sustento miserable a una pequeña fracción de esa cifra. Muchos defensores del capitalismo, a pesar de reconocer la falta de humanismo y justicia del sistema capitalista, gustan de pregonar su suprema eficacia. Sólo se requiere un poco de estudio y reflexión para advertir que esa opinión no tiene fundamento, ni siquiera en las naciones capitalistas más adelantadas. Y cuando se trata de Cuba (así como de otros países subdesarrollados), el absurdo más monstruoso puede apreciarse a simple vista.

Lo que en otra parte he calificado como "excedente económico potencial"¹ adquiere proporciones gigantescas en Cuba. La caña de azúcar crece cual cizaña, y su producción podría multiplicarse fácilmente, a un costo mínimo, por encima del reducido y forzoso nivel fijado por las limitaciones del mercado mundial. Podrían aprovecharse extensas superficies de tierra virgen, ideales para la agricultura, invirtiendo sumas moderadas de capital en *bulldozers*, tractores y viviendas rurales. Gran parte del azote perenne de la campiña cubana —la desocupación masiva durante el *tiempo muerto*— puede atenuarse, y eventualmente eliminarse, diversificando y escalonando los cultivos, aprovechando la fuerza de trabajo ociosa en obras de construcción y estableciendo plantas de beneficio de productos agrícolas, así como creando otras industrias.

En casi todos los países que han pasado por una revolución socialista y que se aventuraron en un programa de rápido desarrollo económico, la escasez de alimentos ha sido el principal obstáculo para su progreso. Las nuevas empresas industriales pueden establecerse con mayor o menor rapidez, y puede obtenerse cierta cantidad de divisas para importar la maquinaria indispensable. Las fuentes de energía existentes pueden ampliarse para satisfacer demandas crecientes, y hasta la fuerza de trabajo no calificada puede ocuparse del manejo y servicio del equipo nuevo más com-

¹ P. A. Baran, *La economía política del crecimiento*, F.C.E., 1960, cap. 2.

plicado. Sin embargo, cuando se trata de la agricultura, la situación es totalmente distinta. En ausencia de tierras no aprovechadas, es difícil incrementar la producción agrícola. Las mejoras tecnológicas son difíciles de lograr y a veces es imposible introducirlas en el sector agrícola de subsistencia; con frecuencia, tropieza nuevamente con la oposición de los campesinos supersticiosos e ignorantes. Además, aun en los casos en que se han logrado pequeños incrementos en la producción, a pesar de los obstáculos exasperantes, esos incrementos, a menudo, no se destinan al consumo urbano. En ausencia de una oferta adecuada de bienes de consumo manufacturados —lo que depende del desarrollo industrial o de la disponibilidad de divisas—, los campesinos, que a duras penas suplen un mero sustento fisiológico, consumen toda producción extra que pueden obtener, en vez de llevarla al mercado.

Milagrosamente, Cuba escapa a ese círculo vicioso. En un breve periodo, puede incrementar y diversificar radicalmente su producción agrícola. No sólo puede sostener y, de ser necesario, ampliar sus principales cosechas de exportación —azúcar, tabaco, café—, sino que puede producir internamente productos de importación —arroz, maíz, algodón, aceites vegetales y grasas animales—. Al ser autosuficiente con respecto a los alimentos, puede dedicar los ingresos de divisas provenientes de sus exportaciones a la adquisición de maquinaria, petróleo y de todas aquellas materias primas y bienes de consumo que sería imposible o antieconómico producir en el país cuando menos en la actualidad. Al ser obtenida a través de grandes empresas agrícolas y no a través de numerosos pequeños agricultores de subsistencia, la producción agrícola cubana se encaminará naturalmente hacia el mercado y estará así disponible para la exportación, el consumo urbano y su beneficio. Por tanto, servirá directamente como base para un programa de industrialización, vivienda, educación y salubridad.

De esta manera, capacitada para organizar una mejoría inmediata de las lastimosas condiciones de vida de las masas, la Revolución cubana está exenta de la infortunada e ineludible obligación que acosó a todas las revoluciones socialistas que le precedieron: está liberada de la necesidad de obligar a todo un pueblo a apretarse el cinturón en el presente con el fin de sentar los cimientos de un futuro mejor. Al canalizar directamente hacia el pueblo los beneficios de una organización más racional de la economía, otorgándole más de lo que humilde pero vehementemente pide —más alimentos, más alojamientos, más escuelas y hospitales— el gobierno de la Revolución cubana puede retener, con mayor facilidad que cualquier otro régimen revolucionario anterior, la lealtad y apoyo de las grandes masas populares. De este modo, puede llevar a cabo la transformación de mayor alcance que haya sido lograda en la historia de la humanidad —la transición del capitalismo al socialismo— con

un mínimo de represión y violencia, en una atmósfera de libertad y entusiasta participación de toda una nación en resurgimiento.

X

Hasta la fecha, el gobierno de Fidel Castro ha cumplido con su mandato histórico y aprovechado su oportunidad, única en su género. Ha iniciado un brote sin precedente de actividad creadora en la agricultura y puesto en marcha un extenso programa de expansión y diversificación de la producción agrícola. Percibió inteligentemente las peculiaridades y necesidades de la ruta de Cuba hasta el socialismo, y se dedicó a organizar, en una fase inicial, cooperativas de productores y grandes explotaciones agrícolas en la campiña isleña. Sensible y responsable ante las necesidades vitales del pueblo, se lanzó en una campaña total de construcción de viviendas, de saneamiento de barrios bajos y de construcción de escuelas. Inspirado por el tremendo despertar de las energías populares latentes, e inspirándolos, hizo que el ejército, los malvivientes y los desocupados se empeñaran en la tarea de construir casas, ciudades, escuelas, granjas, carreteras y hospitales.

Como es evidente, no podría afirmarse que la Revolución haya terminado ya su obra, que todo se encuentra bajo control y que, de hoy en adelante, Cuba podrá avanzar sin tropiezos hacia una sociedad mejor y más próspera. Éste hubiera podido ser el caso, y aún puede serlo, si no fuera por el acoso y amenaza de Estados Unidos. Sin embargo, tal como están las cosas, la situación es de las más precarias y las dificultades y peligros que afronta la Revolución cubana son numerosos y serios. En primer lugar, existe evidentemente la posibilidad de una acción militar directa o indirecta de parte de los Estados Unidos. El dilema que afrontan los políticos de Washington es real y difícil. La Revolución cubana ejerce un magnetismo irresistible y constituye una fuente de aliento y esperanza para todos los pueblos de América Latina, cuyas condiciones económicas, sociales y políticas son similares o peores que las prevalecientes en Cuba antes de la Revolución. Es demasiado lo que está en juego para las corporaciones norteamericanas y son demasiado importantes los intereses envueltos, como para tolerar una victoria del pueblo cubano. Y sin embargo, el simple uso de la mano de hierro o el aplastamiento de la Revolución cubana es un acto muy arriesgado en la época actual. Tendría que tomarse en cuenta no sólo el poderío de la Unión Soviética y del bloque socialista, sino también la fragilidad intrínseca de las alianzas y dependencias norteamericanas del llamado "mundo libre". Más aún ¿quién podría afirmar si la ola de repulsión y hostilidad contra los Estados Unidos, que abarcaría inevitablemente a toda Latinoamérica en el caso de una agresión norteamericana contra Cuba, no haría más daño a los intereses

de los consorcios estadounidenses que la propia supervivencia de la Revolución cubana? El "compromiso" al que aparentemente llegó Washington parece ser la tentativa para ahogar económicamente a la Revolución cubana, combinada con la acumulación sistemática, en Guatemala y en otras partes, de una fuerza contrarrevolucionaria cubana para la invasión eventual de la Isla. Creo que la primera parte de ese programa —las sanciones económicas que culminan con la supresión *de facto* de todo intercambio entre Estados Unidos y Cuba— está destinada al fracaso. Es indudable que ocasiona y seguirá ocasionando en el futuro muchas fricciones y dislocaciones de la economía cubana; pero ninguna de esas dificultades es una amenaza insuperable para el gobierno cubano, en cooperación con el bloque socialista. No obstante, mientras menores son las posibilidades de que Cuba sucumba bajo las presiones económicas, mayor es el peligro de una pronta realización de la segunda parte del plan: la invasión armada que persiga el establecimiento de una administración "libre" en suelo cubano y el derrocamiento del Gobierno Revolucionario. Sería ocioso especular acerca de los problemas meramente militares de la acción; pero es cierto que lo que fue posible en Irán y Guatemala sería imposible en Cuba. No existe un ejército que tenga la fuerza suficiente para atacar por la espalda al gobierno civil, o que esté dispuesto a hacerlo, ni hay tampoco una población subyugada y desesperada que pudiera aceptar, pasivamente, lo que pudiera acontecer en torno al palacio presidencial. Dos cientos mil obreros y campesinos en armas convertirían la invasión en guerra civil y no es necesario añadir que la actual repetición de lo que ocurrió en España podría conducir fácilmente al holocausto mundial.

En comparación con este problema de vida o muerte, todos los demás problemas del gobierno cubano parecen triviales. En el aspecto social y político, está planteado el problema de la vida política futura de Cuba, y del mecanismo que habrá de asegurar la evolución socialista y democrática de la sociedad cubana. Habiendo destruido con éxito el principal pilar del *ancien régime* —su establecimiento militar— la Revolución acabó también con las falsas instituciones parlamentarias que durante años encubrieron la dictadura del capital norteamericano y de sus partidarios cubanos. No existe la menor duda sobre la sabiduría del Gobierno Revolucionario, al negarse a convocar a una elección parlamentaria en la actualidad. Dicha elección no sólo serviría para revivir aquello que se convirtió en una institución muerta y comprometida, sino que permitiría también que las fuerzas contrarrevolucionarias se integraran y organizaran bajo el disfraz de un partido político operando *dentro* de la estructura de la nueva organización socialista de Cuba. Las revoluciones sociales nunca se llevan a cabo a través de elecciones, y al crédito perdurable de Fidel Castro debe agregarse el hecho de que haya evitado caer en el "cretinismo parlamentario". Igualmente inteligente y oportuna fue la decisión del Gobierno

Revolucionario de reorganizar totalmente la rama judicial y de sustituir los guardianes del antiguo orden por jueces partidarios de la Revolución.

Sin embargo, mientras todo esto descansa actualmente en la democracia directa en acción, en la ilimitada confianza y afecto que el pueblo tiene por Fidel Castro, no está muy distante el día en que será indispensable crear y desarrollar instituciones básicas para el funcionamiento normal de una sociedad democrática socialista. Si esas instituciones han de ser asambleas populares directas del tipo cantonal suizo (lo que no sería imposible en una nación tan pequeña como Cuba) o si asumirán la forma de consejos de campesinos y obreros, semejantes al modelo soviético, es un problema de poca importancia. Lo verdaderamente importante es que en un futuro no lejano habrá de crearse algún sistema de representación democrática. Tampoco será posible mantener indefinidamente la amorfa constitución del Movimiento del 26 de Julio. Ésta habrá de cristalizarse en una organización coherente, íntimamente ligada que servirá de vínculo regular entre las amplias masas del pueblo trabajador y su gobierno socialista.

En el aspecto económico, existe la necesidad de afinar la administración económica del gobierno y de elaborar y llevar a cabo un bien ponderado plan de desarrollo económico. Existe la urgente necesidad de reclutar y entrenar cuadros adecuados para la industria, la agricultura y el servicio civil —para reemplazar a los elementos que abandonaron al país, así como para satisfacer los nuevos y crecientes requerimientos de la economía—. Unida a este problema está la tremenda tarea de reorganizar el sistema de enseñanza superior del país, de encontrar un número suficiente de instructores competentes para formar una nueva generación de físicos, químicos, agrónomos, ingenieros, médicos, estadísticos y maestros. Existen las apremiantes solicitudes de los desocupados y de todos aquellos que perdieron sus fuentes de ingresos como resultado de la desaparición del turismo norteamericano y de un vasto cambio del comercio exterior del país.

No obstante, todos esos problemas tienen solución y pueden ser tratados en forma racional si se dispone de paz y tiempo —en particular si se permite al gobierno darles solución. ¡Si se dispone de paz y tiempo!, temor que nadie pueda predecir con certeza. Nadie podrá predecir si el pueblo cubano tendrá la suerte de gozar de ambos elementos o si habrá de pasar por el horror de una guerra civil devastadora. Lo que puede esperarse es que los gobernantes norteamericanos sabrán evitar el crimen y la locura de otro Suez, seguidos quizá por las agonías de otra Argelia, y que los heroicos obreros y campesinos de Cuba podrán continuar su magnífico movimiento progresista, guiados por el coraje, sabiduría y genio de Fidel Castro.